

*La rosa*

*Se llama todavía*

*Hoy rosa, y la memoria*

*De su tránsito, prisa*

.....

*¿Y las rosas? Pestañas*

*Cerradas: horizonte*

*Final. ¿Acaso nada?*

*Pero quedan los nombres.*

Aunque la rosa, fugaz y fungible, desaparezca, se hunda en la muerte, en la nada, vencida por el tiempo, queda, vivo para siempre, su nombre, es decir la esencia de su ser, su calidad de rosa, su perduración en otras rosas, el repetido milagro de su existencia.

Por eso, también, porque la rosa —nombre, esencia— queda, sobrevive, aunque la rosa —flor, delicada estructura de rápido tránsito— desaparezca y muera, Guillén aprende a deslindar su ser, su esencia, de su accidente, en este caso, de su dolor.

Garcilaso identifica su ser con su «dolorido sentir», hasta el punto de que todo, menos eso, podrá serle arrebatado. Jorge Guillén exclama en una ocasión «Yo no soy mi dolor», y en otra: «El intruso dolor —soy quien soy— partió». No nos importa ahora discriminar —ni al poeta tampoco le importa— si ese dolor es físico o espiritual, como en el caso del poeta toledano. Lo que importa es señalar cómo, en tanto que Garcilaso halla su mismidad en su dolor de hombre, afincándose en él —última raíz de su persona—, Guillén, por el contrario, siente recobrado su ser con la ausencia, con el alejamiento del «intruso dolor», frente al que no cabe fusión o identificación posible.

